Real Academia

DE

Medicina y Cirugía

DE

MURCIA

SESIÓN PÚBLICA INAUGURAL

CELEBRADA

EL DÍA 1.º DE ENERO DE 1905

4

MURCIA

Andrés Saez Huertas, Impresor

1905

Real Academia

DE

Medicina y Cirugía

DE

MURCIA

SESIÓN PÚBLICA INAUGURAL

CELEBRADA

EL DÍA 1.º DE ENERO DE 1905

MURCIA

Andrés Saez Huertas, Impresor

1905

ACTA

A las once de la mañana del día 1.° de Enero de 1905 y en el salón de Juntas de la Real Sociedad Económica de Amigos del Pais celebró la Real Academia de Medicina y Cirugía de este distrito la sesión pûblica inaugural del presente año, concurriendo los señores Académicos de Número, Electos y Corresponsales residentes en la localidad, nutrida representación de las clases Médica y Farmacéutica, y un numeroso y distinguido público.

El Sr. Vice-presidente Dr. D. Francisco Medina declaró abierta la sesión y el Secretario que suscribe dió lectura á la reseña de las tareas que ocuparon á la Corporación durante el año 1904.

Seguidamente el Académico de Número Dr. D. Miguel Gimenez Baeza, leyó su discurso reglamentario, que versó sobre la *Educación é higiene de la inteligencia*, siendo aplaudido y felicitado por la numerosa concurrencia.

El Sr. Presidente dió las gracias á todos los señores que habían asistido á tan solemne acto y en nombre de S. M. el Rey (q. D g.) declaró abierto el año académico de 1905, y levantó la sesión.

Murcia 1.° de Enero de 1905.

V.° B.°
El Vice-presidente,
Francisco Medina

El Secretario,
Manuel Martinez Espinosa

ATOA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

DE MURCIA

RESÚMEN

DE LOS

Trabajos realizados por esta Corporación

durante el año 1904

Memoria leida en la sesión pública inaugural

celebrada el día 1.º de Enero de 1905

POR EL

Académico Secretario perpétuo

Don Manuel Martinez Espinosa

Ilmo. Sr. Presidente:

Señores:

Al repasar las actas de las sesiones que esta Real Academia de Medicina ha celebrado durante el año de 1904, hemos experimentado grata satisfacción al ver que en ninguna de ellas se consigna la más pequeña nota que pueda ocasionar tristeza ó duelo. Uno de los pocos años que hemos de señalar con piedra blanca por vernos reunidos nuevamente los mismos que inauguramos las tareas que el Reglamento nos obliga á reseñar en este acto; y si en vez de la artificiosa pesadez con que se arrastra, más bien que camina nuestra pobre imaginación, pudiéramos disponer de los altos vuelos de privilegiado ingenio, pondríamos de manifiesto con toda su brillantez la delicada labor que ha ocupado á SS. durante este período y que bien merecía el corte afiligranado de más fecunda pluma.

Pero no pudiendo llenar nuestro cometido con la galanura de frase y elevación de conceptos que merecen vuestro trabajo y vuestra asídua labor permitirnos hacer sin galas y sin adornos retóricos, solo la crónica verídica de los sucesos más notables desarrollados en este recinto, suplicando una vez más vuestra indulgencia.

El Académico de número D. Bernabé Guerrero, á quien por turno correspondió inaugurar las tareas de esta Corporación, disertó sobre el tema *Cultivo de la voluntad*, y si no tuviera fama de estudioso y aprovechado neurólogo, habría que concedérsela al escuchar su discurso lleno de elevados pensamientos, de ideas filosóficas, de estudios fisiológicos é higiénicos aplicados

á las facultades anímicas. No es posible hacer un resúmen que dé á conocer las bellezas y enseñanzas que el díscurso del señor Guerrero contiene; apuntaremos no más que un ligero bosquejo que sirva como índice de tan notable trabajo.

La *voluntad,* como hija predilecta de la sensibilidad y la inteligencia puede modificarse mediante ciertos procedimientos que la encaminen á obrar en consonancia con los preceptos de la moral y en provecho del individuo y de la sociedad de que forma parte.

Para buscar la armonía entre nuestros órganos y el sistema nervioso que enlaza y regula sus funciones y las manifestaciones del espíritu, sigue el antiguo y cada dia más proclamado aforismo *mens sana in corpore sano*, estudiando como elementos primordiales las sensaciones externas é internas, la constitución psíquica y orgánica, las tendencias, deseos, sentimientos que expresan el grado de sensibilidad moral del individuo, susceptible mediante la educación de un desarrollo adecuado.

Tomando como base al niño, estudia en él estas cualidades que son indicaciones de sus tendencias para el porvenir, debiendo ponérsele en condiciones de que allane las dificultades y aparte los obstáculos que han de oponerse á su paso. La higiene física y moral son los medios mas adecuados para conseguir este objeto. Aire puro, alimentación sana y seleccionada, limpieza, movimientos y ejercicios, con todas las consecuencias que se derivan de estos enunciados, enlazándolos con la higiene de las facultades psíquicas, estableciendo hábitos de órden y moralidad y despertando ideales que sean aspiraciones del espíritu y guías de la vida, sustituyendo por la educación y el ejemplo las ciegas impulsiones del instinto.

Tal es á grandes rasgos el tema desarrollado por nuestro compañero, que mereció los elogios unánimes de la ilustrada concurrencia que nos honró en la sesión inaugural; y aunque mortifiquemos algo su modestia, debemos hacer público que han sido varios los pedidos que de ejemplares de este discurso se han hecho á esta Secretaría desde distintos puntos de la Península, inequívoca prueba de su mérito.

Con relación al personal de esta Corporación, cúmplenos manifestar nuestra satisfacción por contar desde ahora con el concurso del ilustrado farmacéutico D. Antonio López Gómez, que

ha sido elegido para ocupar la vacante de número que hace años dejó entre nosotros la muerte de D. José Pino y Vivo.

Sobrado conocido el Sr López Gómez es excusado nuestro elogio de presentación; quizás pudiera parecer apasionado cuanto de él digéramos, dada nuestra antigua é inquebrantable amistad, y esto mismo nos obliga á no consignar aquí cuanto por sus méritos merece; pero que su elección para Académico de número ha sido acertadísima lo demuestra la votación unánime que obtuvo y la satisfacción de SS. al concederle sus sufragios.

Anticipámosle la bienvenida, que dentro de poco será efectiva, puesto que la solemnidad de su posesión no se hará esperar mucho tiempo.

También han ingresado con el carácter de corresponsales, D. Joaquin Gimeno Ballesteros, ilustradísimo médico de Lorca; D. Salvador Piquer, médico de número de esta Beneficencia Provincial y D. Francisco Ayuso Andreu, Médico forense y de la Beneficencia Municipal de esta capital, á los que cordialmente felicitamos en nombre de la Corporación, que espera de su celo y entusiasmo la más decidida cooperación en pró del progreso y adelanto de la ciencia.

Ha sostenido la Academia cordiales relaciónes con todas las Corporaciones y ha cambiado numerosas comunicaciones con sus hermanas las demás Academias de distrito de la Península y con algunas del extranjero.

Dos han sido los asuntos judiciales en que ha intervenido la Corporación durante el año que ha finado.

El primero procedente del Juzgado de Instrucción del Distrito de la Catedral de esta capital, se refería á la tasacion de honorarios del profesor de Medicina D. J. C., que por orden del Juzgado tuvo que trasladarse á la villa de Pacheco con objeto de reconocer á una enferma y dar dictámen de sus facultades intelectuales.

La Academia, después de detenido estudio de las circunstancias de tiempo, lugar, ocasion y mérito científico del informe, estimó que era muy moderada la cantidad en que el referido profesor había justipreciado sus servicios profesionales.

La Ley de accidentes del trabajo, fundándose en un principio de justicia, impone grandes responsabilidades á los patronos con objeto de que el obrero lesionado ó muerto por un accidente profesional fortuito, no quede abandonado, ni deje desamparada á su familia. Pero la interpretación de los accidentes y sus causas resulta en ocasiones tan ámplia que da lugar á litigios de la índole del que se trata, sin que se pueda juzgar de temeraria la pretensión del obrero ni la negativa del patrono á dar cumplimiento á lo preceptuado por la mencionada Ley y la ciencia más bien que el derecho es la llamada á resolver en definitiva la cuestión entablada entre una y otra parte litigante. Tal ha ocurrido en el caso resuelto por la Academia.

El obrero F. G. sufrió en la fábrica donde trabajaba una herida superficial de dos centímetros de extensión en la cara plantar del primer dedo de un pié. Sin dar importancia á la herida, no aplica cura ninguna y continúa su trabajo; á los pocos dias se desarrolla un flemón difuso en la ingle que le produce la muerte á los dos meses.

Entablada la acción judicial, el Juzgado de Instrucción del Distrito de San Juan de esta capital, sometió á la Academia para su resolución el siguiente cuestionario:

1.° ¿Qué causas son las que con más frecuencia determinan la formación del flemón difuso?

2.° ¿Puede ser una de estas causas un traumatismo vaya ó no acompañado de herida?

3.° Y si existe herida situada en el pulpejo del dedo gordo de un pié, si tiene dos centímetros de extensión y solo interesa la piel, ¿puede dar entrada á los gérmenes del flemón en la hipótesis de que después de recibida se la haya sometido á tratamiento científico?

4.° ¿Es científicamente posible que ese flemón cuyos gérmenes penetran en el cuerpo humano por el traumatismo adquieran su desarrollo y presenten sus primeras manifestaciones en la región inguinal sin presentar antes síntomas de infección en la herida y en la pierna?

5.° ¿Una herida de esta clase, recibida al caer de una altura mas ó menos considerable, puede privar por sí solo la locomoción ó dificultársela á la persona que la reciba?

La ponencia nombrada por esta Real Academia estudió minuciosamente cada una de las preguntas, redactando un informe tan científico, tan conciso y tan lógico, que mereció la aprobación unánime y los plácemes de la Corporación.

Lástima que no pueda hacerse público tan notable trabajo que honra á sus autores.

A la vez que la civilización ha perfeccionado los elementos de progreso social ha multiplicado y propagado los gérmenes que llevan en sí la destrucción y la muerte.

La aglomeración de individuos constituyendo las poblaciones facilita las relaciones mútuas y eleva el nivel intelectual del hombre, que está hecho para la cultura bajo todos sus aspectos Pero el uso inmoderado de las ventajas que proporcionan las poblaciones creando necesidades ficticias, sobrescitando las pasiones y los sentidos, tiende á desarrollar una tensión constante del espíritu que pone en grave riesgo al organismo que se resiente de su vigor plástico por el predominio de la actividad del cerebro.

Si se unen á estas circunstancias de origen moral las engendradas por las condiciones propias de la localidad y por consiguiente del medio en que el hombre vive ó sea la influencia de la urbanización, tendremos evidenciadas las causas principales que contribuyen á la disminución de la vida humana.

La aglomeración es el gran laboratorio donde se engendran y reproducen infinidad de gérmenes que conspiran contra la salud; y si el hombre no opone á esta invasión los medios adecuados para evitar su desarrollo, las enfermedades y la muerte son el fruto de su desidia é imprevisión.

La higiene, tan descuidada en Murcia, es la gran palanca que ha de remover todos los obstáculos que se oponen al perfeccionamiento del hombre y progreso de la sociedad; la aplicación de sus preceptos nos resuelve infinidad de problemas que hasta ahora habían permanecido sumidos en las mas densas tinieblas; su desconocimiento nos revela el por qué las enfermedades infecciosas, en su mayoría evitables, alcanzan una cifra exorbitante con relación á la mortalidad general, y la Academia velando por la salud de esta población, aunque infructuosamente dado su limitado rádio de acción, se ha ocupado en varias ocasiones de aquellas enfermedades que tienen un manifiesto predomio en la patología local.

La pulmonia ocupa el primer lugar, ocasionando la novena parte de las defunciones; sigue á esta la tuberculosis que cuenta una por cada once; después la fiebre tifoidea, una entre cada quince; luego la viruela, el sarampión, la difteria y todas las

demás enfermedades de reconocido orígen microbiano, que podrían atenuarse, ya que no extinguirse por completo, con una buena higiene y que harían rebajar notablemente la cifra de mortalidad.

Cada una de estas entidades patológicas ha ocupado estensamente la atención de la Corporación. La pulmonía ha merecido un detenido estudio no solo en su relación con la clínica, si no especialmente en su patogenesis.

Siempre ha llamado la atención la gravedad que reviste esta entídad patológica en Murcia, que presentándose principalmente en primavera ha llegado en muchas ocasiones á constituir verdaderas epidemias.

Siguiendo las ideas dominantes hasta hace pocos años considerábase la neumonía como el tipo mejor definido de las afecciones locales y atribuíase á distintas causas hipotéticas el curso anómalo de la enfermedad que tan en pugna estaba con las enseñanzas de la clinica. Pero los descubrimientos que Pasteur hiciera en 1881, continuados por Friedlander y completados por Talamón y Frankel demostraron que la neumonia era debida á un microorganismo, que denominaron neumococo, que tiene su verdadero puesto entre las infecciones debidas á elementos definidos, debiendo formar al lado de la difteria, de la estreptococia, y de la bacilosis de Kock; de aquí el nombre de neumocócia con que hoy se denomina esta afección que produce afecciones varias distintas de la neumonia.

En confirmacion de estas ideas, el Dr. Sánchez García inició un instructivo debate en el que tomaron parte casi todos los señores Académicos. Sirvióle de base para ello un caso de neumonia franca con algunos síntomas por parte del aparato digestivo, que siguió su curso normal hasta el quinto dia en que disminuidos los síntomas locales, rebajó el calor á la temperatura normal, y cuando todo hacía esperar una franca mejoría vuelve á elevarse la fiebre sobreviniendo abundantes gastrorrágias que al noveno dia mataron al enfermo por anemia.

Las pretendidas complicaciones de la neumonia que sobrevienen casi siempre secundariamente después de la desfervecencia, como la meningitis, parotiditis supuradas, endocarditis, lesiones renales y otras muchas, son variedades de la toxemia debida á las toxinas segregadas por el microorganismo de referencia, y en el sugeto objeto de este debate, está claramente manifiesta la gastritis neumococica que por un proceso necro-

biótico ulceró la mucosa gástrica ocasionando las hemorragias y la muerte.

Otra enfermedad terrible, que siega en flor miles de existencias en el periódo mas risueño de la vida, cuando todo hace concebir esperanzas é ilusiones para el porvenir, que no respeta condición ni clase social y que siembra el luto y el desconsuelo en las familias, ha merecido también particular estudio por parte de la Academia; la *tuberculosis*, que ocupa el segundo lugar en la estadística de mortalidad de Murcia, y natural es que todos nos preocupemos ante el peligro de este azote más mortífero que casi todas las enfermedades epidémicas que en épocas espaciadas afligen á la humanidad.

El cólera morbo asiático en las ocho veces que ha extendido sus fatídicas alas sobre nuestra población, ha ocasionado 6.800 víctimas. En la memoria de todos están los luctuosos dias en que la epidemia se cernía sobre nosotros sembrando en los ánimos el espanto y el terror; y sin embargo, desde el año 1834 en que apareció por primera vez en Murcia hasta 1904, se han verificado mas de 7.000 por tuberculosis y todos hemos mirado con indiferencia esta baja de la población como si fuera un hecho natural é inevitable, y no se ha tenido en cuenta que la tisis es una de las enfermedades que pueden atenuarse por medio de la higiene. El bacilo de Kock, que no se multiplica fuera del cuerpo humano, conserva por mucho tiempo su virulencía después de desecado, como sucede con los esputos tuberculosos secos; no resiste el calor húmedo á 70°, y la luz difusa le mata al cabo de algunos dias. Pero no se crea que por que haya dejado de vivir ha renunciado á sus detructores efectos en el organismo, pues está demostrado que aun después de muerto conserva gran parte de sus propiedades patógenas y ocasiona tuberculosis locales en el mismo sitio donde se ha producido su inoculación.

Conocida la naturaleza infecciosa de la enfermedad y su medio principal de propagación merced á la diseminación de los esputos desecados y reducidos á polvo, los cuales penetran con el aire en los órganos respiratorios, debe procurarse á toda costa oponerse á esta diseminación por los medios de todos conocidos y que la premura del tiempo nos veda manifestar en este lugar de la manera brillante que lo hizo el Dr. Medina, al exponer las bases y objeto de la Liga Antituberculosa y estudiar las condiciones que reune nuestra sierra de Carrascoy para sanatorio, en la que se podían establecer pabellones aislados con

las condiciones que la ciencia aconseja para esta clase de viviendas, que cuenta ventajas sobre los grandes establecimientos destinados á este objeto.

La difteria llevó la alarma hace pocos meses al vecino pueblo de Algezares. Presentados los primeros casos propagóse rápidamente la enfermedad por toda esa zona de la huerta produciendo muchas invasiones. El Excmo. Ayuntamiento adoptó inmediatamente eficaces medidas, y el suero antidiftérico puede sumar un triunfo más á los muchos que en su corta y brillante historia ha conseguido.

El Académico Sr. Baeza al ocuparse de estos sucesos lamentó que no se haya establecido ya un laboratorio ó centro en donde pudiera confiarse al microscópio el diagnóstico de muchas enfermedades y se evitaran casos como los ocurridos en estas circunstancias á que nos venimos refiriendo, que se ha declarado epidemiado un pueblo sin hacer el diagnóstico bacteriológico y se han prodigado las inyecciones antidiftéricas quizás á título de preservativo.

Estrañó el Sr. Baeza que no se haya dado parte á las Autoridades Sanitarias de la aparición de esta enfermedad, ni se haya llevado estadística. ni historia de la lesión, así es que no se puede formar juicio de este proceso morboso, ni de las condiciones en que haya evolucionado.

Nuestro compañero el hábil operador D. Cláudio Hernández-Ros presentó á la Corporación una caja destinada á conservar aséptico el material empleado en la cura de heridas.

Consiste en un cilindro de cierre hermético, que tiene en ambas tapas una compuerta obturatriz de unos orificios que comunican con el interior. Esta caja contiene un paquete de algodón hidrófilo, otro de gasa, un par de guantes de hilo y una cajita de lata de diez centímetros de diámetro y dos de alto cuyo interior está dividido por un cuadrado en 25 celdillas, la del centro horadada, destinadas para recibir 24 hebras de seda, una en cada celdillas. Alrededor del cuadrado que forman éstas se colocan tubos de drenage. Una vez cargada la caja con todo este material se abren las compuertas dejando al descubierto los orificios de las tapas para favorecer la circulación interior y se lleva al autoclave, que siendo de regulares dimensiones puede recibir hasta diez, sometiéndolas á una tempera-

tura de 120.° Al extraerlas del aparato esterilizador se tiene la precaución de obturar los orificios de circulación de las tapas cerrando las compuertas.

De este modo se obtiene material de cura completamente aséptico y seda esterilizada, que cada hebra se extrae con la pinza de su celdilla correspondiente, evitando de esta manera el contacto de otras manos que las del operador.

Desde que el Sr. Hernández-Ros emplea estas precauciones no ha supurado ninguna sutura en las operaciones que ha practicado.

Los señores Académicos examinaron minuciosamente cada una de las partes de que se compone este aparatito, felicitando al autor por su iniciativa y los felices resultados obtenidos.

Al llegar la Academia al término de sus tareas anuales tenía que proceder reglamentariamente á la renovación de cargos para el bienio que hoy comienza y dando una prueba de la unión qne existe en esta Corporación reeligió á todos los señores que forman la Junta de Gobierno.

Hemos terminado nuestro cometido: dispensadnos si hemos defraudado una vez más vuestros deseos; pero no solo la obligacición reglamentaria, si no el cariño que profesamos á esta Corporación nos mueve á continuar en este sitio á pesar de no habernos considerado nunca en condiciones para ocuparlo. La benevolencia vuestra nos sostiene en él; procuraremos corresponder á ella hasta donde alcancen nuestras fuerzas, por que bien entrados ya en el otoño de la vida, somos un árbol que dió escasos frutos en la florida primavera y hoy van ya desprendiéndose una por una las hojas que le visten, que como las ilusiones de la juventud, se alejan lenta y paulatinamente para no volver jamás; hojas que ya marchitas y á punto de agostarse carecen de aroma y de colores y pronto serán un despojo que sirviendo de juguete al viento de la existencia se perderán en la eternidad.

He dicho.

Manuel Martinez Espinosa.

CULTIVO É HIGIENE DE LA INTELIGENCIA

DISCURSO

leido por el Académico de número

Dr. D. Miguel Gimenez Baeza

en la sesión pública inaugural

celebrada por la

Real Academia de Medicina y Cirugía de Murcia

el día 1.º de Enero de 1905.

Excmo. señor:

Señores Académicos:

Señores:

Vuestra bondad al conferirme el honroso encargo de hacer el trabajo científico de inauguración de esta Academia en el nuevo año de 1905, impóneme el deber de un sacrificio. Si no obstante mis esfuerzos, el discurso no responde á las tradiciones de esta Corporación, si por sus deficiencias forma contraste con los profundos y elocuentísimos oidos en años anteriores y escaso su valer con relación al valer vuestro, perdonad. Yo, no por costumbre añeja y rutinaria que no encaja en mi especial modo de ser, sino porque entiendo que es preciso, me recomiendo á vuestra benevolencia, y me recomiendo tanto más cuanto que me conceptúo como un soldado de fila sin otro mérito para convertirme en héroe de momento que el poco meditado cariño de mis compañeros de milicia y mi mucha voluntad para cumplir con el deber. En justo agradecimiento y á cambio de vuestra consideración, yo os prometo ser breve para ser menos molesto, teniendo al obrar de esta manera, si no la satisfacción de haber proporcionado un momento de placer al cultísimo auditorio que me escucha, al menos la tranquilidad de haberle evitado un buen rato de molestia.

Grande fué mi vacilación al elegir tema entre los muchos que el ancho campo de las ciencias médicas ofrece, temas todos ellos dignos de estudio, importantísimos ciertamente y de un interés profundamente transcendental.

Diferentes veces, al ocuparme en formar y artícular el es-

queleto de este pobre trabajo, halléme á punto de renunciar á su continuación como empresa superior á mis fuerzas, desproporcionada á mis energías intelectuales y más resonando aún en este recinto, la voz autorizada del que me precedió el año anterior, quien en aquel trabajo de verdadero mérito, de notable interés científico y delicado estilo literario, cautivó la atención del auditorio durante el espacio de tiempo (corto para todos) qne duró la exposición de su pensamiento «Cultivo de la Voluntad».

Decía el académico en cuestión al ocuparse en desarrollar el referido asunto: «Es la voluntad, coronamiento del edificio humano: sírvenla de base la sensibilidad y la inteligencia», y yo, contagiado é impresionado por aquella amena lectura, como si predijese en aquella fecha que habia de tocarme en suerte dirigir la palabra en esta solemidad á esta ilustre Corporación, sentí la necesidad de realizar este trabajo y pensé que seria fácil realizarlo. Hoy, señores académicos, que toco la realidad, echo de ver también mis deficiencias personales; por eso, he buscado y rebuscado un punto, no que os enseñe nada, que esto ya sé yo que es difícil, sino que al menos, os haga menos fatigoso el escasísimo tiempo que habré de ocupar vuestra atención, si esto puedo conseguirlo.

No desconozco que á vuestra inagotable benevolencia y no á méritos personales ni científicos, debo el honor que me dispensais y que en alma agradezco.

Si cogemos en un momento á cualquier individuo nacido y desarrollado en modesta esfera social y le transportamos á uno de esos grandes salones en donde se congrega la flor del atildamiento mundano, la aristocracia, pronto notaremos su embarazo y su torpeza, pronto echarémosle de ver sobrecogido y discurrir atolondrado por entre todo aquel conjunto de personas y de cosas que se agitan y se paran con arreglo á la etiqueta, señalándose su estancia en el aristocrático recinto por una equivocación constante. Esto es precisamente, señores académicos, lo que á mí me ocurre, que encumbrado á este sitial por los vientos de la fortuna, hállome como asombrado y falto de esa natural desenvoltura y autoridad que sólo poseen los que en la grandeza científica nacieron; así y todo, como nada puede excusar el cumplimiento de un deber, he pensado que tal vez os sería menos molesto eligiendo un tema que despertase vuestro interés por lo palpitante del asunto ó lo litigioso de sus conclusiones, y en vez de ceñirme á un tema de medicina, á un caso

clínico interesante, al desenvolvimiento de una teoría médico-legal, al problema social ante la higiene ó á tratar la moralidad médica, punto por demás interesante que todos conoceis mejor que yo y que seguramente os habría de cansar pronto, mi voluntad me inclinaba por derroteros muy distintos, á los que no podía sustraerme, siendo esto un verdadero impulso nacido en el momento en que escuché aquella teoría. Un acto volitivo determinó en mí un propósito al fin irrealizable, engendrándose un movimiento para llegar donde me proponía, manifestándose en este hecho el doble caracter de los elementos que concurren en toda volición: inteligencia que ilumina, fuerza impulsiva que estimula y determina á la voluntad en el sentido que ha hecho conocer la inteligencia, observándose con frecuencia el fenómeno producido por la deficiencia de estos elementos.

Hombres eminentes por la claridad de la inteligencia, son indecisos en sus actos, vacilan y encuentran siempre dificultades en todas sus operaciones; en cambio, otros de talento muy escaso, son tenaces, decididos y valientes cuando se trata de realizar sus propósitos. Unos y otros, son séres incompletos, desequilibrados: á los primeros fáltales la fuerza psíquica impulsiva la que mueve y realiza la operación, ven pero no tienen fuerza para alargar la mano y coger el objeto cuya belleza han conocido; á los segundos, falta la vista para apreciar las condiciones de lo que desean; una fuerza poderosa les hace mover el pié, pero no pueden apreciar la existencia de las espinas sobre las cuales van á apoyarle: ¿En cuál de estas dos categorías me encuentro yo? Indudablemente, en la segunda, puesto que arrastrada mi mente por la voluntad, faltanle las fuerzas necesarias para desenvolver cumplidamente el importantísimo tema «Cultivo é higiene de la inteligencia.»

Tal es la cuestión que nos ha de ocupar durante un breve rato esta mañana, y si con sinceridad confieso que el problema es superior á los medios con que cuento, confieso con la misma ingenuidad mi esperanza de que pronto venga otro que, no con mejor voluntad, pero sí con más condiciones intelectuales, lo trate con la extensión que merece.

Comparad la situación del hombre primitivo, apreciada difícilmente por los vestigios de la época prehistórica; comparad aquel estado de constante lucha sin medios de defensa, sin otros alimentos que el expontáneo é incierto fruto de la tierra inculta, con la condición de los obreros de nuestro tiempo, y

por dura y difícil que esta parezca, forzoso será reconocer las ventajas obtenidas.

En la cadena de la historia del trabajo intelectual y material, cada eslabón patentiza mayor bienestar y mayor cultura. Hoy, no como deseáramos, pero bastante más en su alimentación, en su vestido, en sus víviendas, en su vida toda no solo material, sino también moral, pues su instrucción es superior y su derecho de propiedad, de familia y de ciudadanía está mejor reconocido y amparado, las clases obreras disfrutan medios que hubiera sido utópico pretender en épocas recientes anteríores. El problema de su mejora material, intelectual y moral, es la obra constante de la humanidad. A su solución, no contríbuye únicamente una ciencia ni una industria, no se debe á una reforma de la legislación positiva ni nace sólo del reconocimiento de un derecho, sino al cultivo de la inteligencia, contribuyendo á resolverla toda la actividad social.

La ciencia arranca á la naturaleza el secreto de sus leyes con el propósito de utilizar sus fuerzas; la industria hace práctico un invento; el comercio lo difunde, todo tiende á facilitar y mejorar los medios de existencia y en la harmonía universal, las clases superiores, libres del trabajo material, devuelven á las populares aumentando los elementos de vida, el precio de su rescate. Esto no obstante, en los tiempos modernos, en los que el Estado ha de contribuir de un modo más consciente que en los antiguos á la obra del progreso, cuidando de no detener su marcha con medidas contrarias á las leyes de la Humanidad, las cuestiones sociales son preocupación constante de sabios, estadistas, jurisconsultos y médicos. Todos persiguen un fin, cada uno dentro de su órbita: procurando estos la mayor ilustración, aquellos las reformas de las leyes, como las últimas promulgadas de accidentes del trabajo; nosotros, en cumplimiento de nuestro deber, damos reglas higiénicas que tienden a la conservación de la salud y al mejoramiento de la raza, y todos, en fin, al cultivo de la inteligencia.

Existe disparidad de criterios entre las leyes y tendencias de unos y otros pueblos; no se ha llegado en estas materias á aquella unidad de concepto obtenida en otras, como corolario de una larga experiencia. El siglo actual plantea problemas y practica ensayos que tendrán en el próximo solución más uniforme, pero sea de ello lo que fuese, la atención que despiertan es patente, los publicistas las hacen predilecto tema de sus trabajos, los políticos materia constante de sus proyectos, los je-

fes de Estado muestran su interés decidido y el carácter sugestivo del ejemplo puede y debe emplearse como medio de educación, puesto que sabemos que la sugestión en cuanto impulsa é inclina en un sentido determinado puede utilizarse, con tal de que haya una inteligencia que la dirija y ordene, como se utiliza la energía eléctrica, la energía luminosa para llevar de una región á otra el pensamiento humano ó dirigiéndola á través de sutilísimos lentes en el microscopio para que nos revele la grandeza de lo pequeño.

La prosperidad de los pueblos, la importancia de su industria, su bienestar está en razón directa de la mejor organización de la enseñanza y de los medios empleados para mejorar la ciencia, factor poderosísimo del progreso moral y material en los paises civilizados. Las naciones más ricas, las más próspe-ras, son aquellas en que la instrucción científica cuenta con más elementos de generalización entre todas las clases de la sociedad.

En todos los paises, pero principalmente en Inglaterra, en Bélgica, en Suiza, en la misma Francia y especialmente en la América del Norte, las escuelas, los colegios, las Universidades, las Instituciones de enseñanza, son modelos que en nada se parecen á nuestros colegios y á nuestras escuelas, ni en sus medios ni en sus sistemas de enseñar. Los moldes antiguos, los rutinarios que en nuestro pais mantienen paralizadas las energías, han desaparecido en América para todas las ciencias y, especialmente, para el estudio de las ciencias auxiliares de las grandes industrias modernas.

Nosotros, cuando hallamos suprimido rancias preocupaciones, conseguido que el conjunto orgánico de nuestra personalidad social y fisiológica funcione normal y rítmicamente, cuando hayamos removido los obstáculos que se oponen al impulso de las energías psíquicas, cuando nuestra conciencia pueda funcionar dentro de un organismo libre de enfermedades impulsado por un espíritu inmune de malas pasiones y de prejuicios, entonces encontraremos en nosotros la integridad del sér moral con toda la grandeza que corresponde á su altísima finalidad biológica.

Dispensadme, señores Académicos, estos pequeños escarceos que sirven al fin de pequeño desahogo ciñéndome al punto concreto que os he prometido y especializándome dentro de él á nuestra profesión médica, punto importantisimo para tratado por otro que no sea el que os dirige la palabra..

La higiene es no sólo la ciencia derivada de las llamadas naturales, sino también una ciencia psicológica que debe aspirar á establecer el normal y perfecto desarrollo del entendimiento, estando todos conformes, antiguos y modernos, médicos y filósofos, en que un cuerpo débil debilita el alma y en que esta no se hace obedecer sino de un cuerpo vigoroso.

La higiene psicológica es una ciencia sublime, nacida del consorcio de las naturales con las filosóficas, de la experiencia con la reflexión, cuyos preceptos ordenando metódicamente el trabajo intelectual y señalando á cada individuo la tarea que le corresponde con arreglo á sus fuerzas y aptitudes, no puede menos de hacer que las fatigas mentales sean más llevaderas y fructíferas, mejorando de este modo la suerte generalmente adversa y desgraciada del hombre pensador, del infeliz obrero de la inteligencia.

Al acometer esta empresa en la que si no me lisonjea la esperanza del triunfo, confío en que, de sucumbir, lo haré, al menos por una buena causa, la causa de la inteligencia, póngome al lado de la higiene, abrázome á la bandera que tremola la noble ciencia profiláctica de las enfermedades que provoca el ansia inmoderada de saber, y por ella lucho.

No hay ciencia más noble, bienhechora y laudable que la higiene del hombre psíquicamente considerada, pues si necesaria es la higiene para el robusto campesino que respira á pulmón lleno un aire puro y oxiginado, el cual enrojece su sangre y hace que con esta vaya un venero de vida á nutrir pródigamente la enérgica musculatura y el vigoroso esqueleto, cuya piel doran con los arreboles de la vida y de la salud los rayos vivificantes del sol y cuya alimentación la forman generalmente los frutos más sazonados de la tierra, las sustancias nutritivas, más sencillas, pero en cambio más frescas y más puras, más eminentemente reparadoras, es mucho más necesaria la higiene psicológica, habida cuenta de la importancia de la inteligencia humana, de la necesidad que existe de un estudio que tenga por fin el conservar en su perfecta normalidad y mayor desarrollo parte tan fundamental del sér humano, que tanto eleva y dignifica nuestra pobre economía,

Deber imperioso es, pues, del médico en estos tiempos que corremos, de tanta ilustración y tanto progreso, pero también de tanta neurastenia y debilidad moral tan grande, abandonar por un momento, las que no obstante sus innegables ventajas podemos llamar obsesiones del reactivo y del microbio, ver en

el cuerpo organizado algo más que la materia y sus reacciones que, al fin, todavía la Química no ha llegado ni llegará nunca á dar con el secreto de la vida; ver en el hombre otra cosa que el animal que nace, se reproduce y muere; en él al sér que razona y meditando acerca de la influencia del pensamiento sobre el cuerpo y del cuerpo sobre el pensamiento, remontarse de lo particular á lo general, de lo conocido á lo desconocido, con elevada inteligencia actuar por una vez de filósofo ó moralista, y entonces, con mano doblemente poderosa, marcar al hombre que consume su vida y su salud en las nobles luchas de la inteligencia, la manera de robustecer su cuerpo y vigorizar su espíritu, haciéndole comprender al mismo tiempo toda la grandeza de su misión y los medios de llevarla á cabo.

Pudieran, á mi entender, señores Académicos, admitirse dos clases de higiene de la inteligencia: una, la que no tiene más fin que el de hacer que cada persona tenga el máximum de poder intelectual de que sea susceptible, y otra, la que tiende á que pueda manifestarse y funcionar la inteligencia sin las trabas que oponen á su desarrollo las enfermedades, perturbaciones y efectos morales y materiales de cualquier clase é intensidad.

Hay que tener en cuenta que el organismo lucha constantemente con fuerzas que tienden á destruirlo y que en esta lucha cuando la energía decrece, sobreviene la decadencia de los órganos, la perturbación de sus funciones y los trastornos en el movimiento general y harmónico del organismo, cuyo estado se designa generalmente con el nombre de enfermedad.

Opinemos ó no favorablemente acerca de la existencia de los temperamentos fisiológicos, tendremos por un momento que admitir estos para personificar en una palabra el estado especial del individuo en quien un sistema orgánico predomina en su economía sobre los demás, sea este fisiológico ó bien entre ya en el terreno de la patología.

El temperamento más común en las personas que se dedican á los trabajos intelectuales, es el nervioso, bien sea natural, bien adquirido, haciendo constar que hay temperamentos que nacen con el individuo y temperamentos que el individuo adquiere, siendo estos últimos los que se forman en aquellos sujetos que por razones de su profesión están expuestos con larga persistencia á impresiones accidentales.

Mientras el temperamento nervioso no pasa de los límites naturales es indudablemente más fecundo en bienandanzas.

Los excesos intelectuales conducen poco á poco á que el sis-

tema nervioso vaya tomando la forma de su organismo, llegando al temperamento nervioso excesivo, lo cual altera de tal modo la normalidad de la vida psíquica y material que bien merece por ello solo nuestra atención preferente. Unicamente dandose cuenta de lo que es el sistema nervioso en nuestro organismo, es como se puede comprender la perturbadora influencia que en todos los actos psíquicos y materiales tiene esta clase de temperamento.

Si nos fuese posible sustraer al individuo excesivamente nervioso á la acción de todos los agentes físicos y morales, es indudable que gozaría de una salud física y de una normalidad intelectual inalterables; si pudiéramos limitar la acción á grados é intensidades tolerables para él, tampoco habría inconveniente en que se hubiera llegado á acentuar tanto el temperamento nervioso, pero como esto no es posible, el que se encuentra presa de ese nervosismo exagerado, es un sér desgraciado. No tiene aún ninguna clase de enfermedad definida; no es neurasténico, no es hipocondríaco, no es lipemánico, pero justo es confesar que le falta muy poco para serlo.

Fijándonos en la neurastenia, aunque con poca fortuna, el afán investigador é innovador que desde hace años estimula el espíritu de numerosos patólogos impulsados á buscar nuevas enfermedades de procesos englobados hasta entonces con una común denominación, parece dominar en la actualidad á todas los especialidades médicas y quizá con predilección á la neurológica, por lo mismo que hasta mediados del pasado siglo ha vivido raquíticamente involucrada dentro de la común madre de las afecciones médicas, la patología interna.

De todas las enfermedades comprendidas en la especialidad dicha, ha sufrido sin duda alguna mayor transformación ese grupo informe y todavía mal definido, conocido con el nombre de neurosis.

La mayoría de los desarreglos neurósicos que no se prestaban á una filiación nosológica comprensible y justificada en el dominio de la anatomía patológica, fueron en todas ocasiones denominados con el socorrído nombre de histerismo, progresando tan rápidamente este que pudiéramos llamar vulgar criterio en el modo de interpretar dichos fenómenos que ya en nuestro tiempo llegó á ser sinónimo el nombre de histerismo de temperamento nervioso.

Felizmente para la clínica el prurito analitico de los neuropatólogos, ha ido poco á poco disgregando y clasificando ese

vasto grupo de las neurosis, estableciendo divisiones fundadas en caracteres é indicantes distintivos ignorados por nuestros antepasados, llevando tan allá su afán investigador que resulta verdaderamente exajerado el número de afecciones neurósicas que nos dán á conocer en la actualidad. Una de estas, quizá la menos conocida hoy, por lo mismo que su estudío pertenece á nuestros tiempos, es la que nos proponemos esborzar: la neurastenia.

Es tan de moda, si la moda cabe dentro de la clínica, la neurastenia y es tan preeminente en la historia de la patología nerviosa que el reputado y notable neurólogo de Montpeiller no vacila en llamarla la enfermedad fin de siglo. Mas por lo mismo que su estudio pertenece á la actualidad y casi la mayoría de los casos clínicos bien observados son de la última década del pasado siglo, no ha de sorprendernos que sean variados y numerosos los conceptos dominantes acerca de su génesis y patogenia.

Si el acicate explorador hubiese aplicado sus innovaciones neurológicas á aquellos casos que realmente quedaban incluidos en los estrechos ó ámplios límites de la nueva descripción, circunscribiéndose de este modo á lo exacto y positivo, nuestra incondicional adhesión á tales adelantos no sería escatimada ni un ápice, porque dicha labor habría de resultar siempre beneficiosa al progreso médico, más como quiera que el diagnóstico de la neurastenia ha contaminado al criterio clínico que parece en el cerebro médico cuando pretende interpretar y aplicar todas nuestras innovaciones, vémonos oblígados á oponer algún reparo á la manera como se entiende, conoce é interpreta hoy el agotamiento nervioso.

Esa tendencía sistemática que muestran la mayoría de los médicos á crear la moda de actualidad dentro de la clínica, bautizando á buen número de afecciones con el término modernísimo y últimamente descubierto, cuyo ejemplo nos está ofreciendo por modo demostrativo las fiebres grippal é infecciosas aplicadas á todas horas y en casos graves á las antiguas fiebres esenciales, catarrales, etc., etc., debemos impugnarla y más significativamente en lo que concierne á la existencia clínica de la neurastenia.

La casi totalidad de desarreglos no filiados con claridad en uno de los grupos nosológicos hasta el presente conocidos, son calificados por muchos clínicos como formas de neurastenia y tal amplitud muestran en esta generalización, que llegan á

crear tantas formas de esta enfermedad como aparatos y órganos tiene el cuerpo humano. Semejante tendencia resulta más que beneficiosa nociva al adelantamiento y progreso de la clínica neurológica, y exige el que se limiten con precisión los exactos linderos patológicos de esta afección nerviosa para que de este modo queden dentro de sus dominíos aquellas afecciones merecedoras del adjetivo de neurasténicas.

Consentir por más tiempo que permanezcan confundidos dentro de esta calificación cuantos afectos sin lesión anatómica nos muestra la clínica neurológica no comprendidos en el cuadro sintomatológico de las demás neurosis, es sembrar la confusión y el desbarajuste en la ciencia del diagnóstico y contribuir á la estancación de nuestros conocimientos en patología nerviosa.

Yo, de muy buen grado, trataría de una manera extensa la patogenia de la enfermedad de Beard y podría exponer de modo concreto casos clínicos muy interesantes, pero como ya dije al principio que excluía desde luego este procedimiento, no lo hago, con tanta más razón cuanto que habríais de leer y ver claro los individuos á quienes hacía referencia, no pareciéndome esto exento y libre de peligros.

Habreis de dispensarme por consiguiente que, lejos de concretar, insista en generalizar mi pensamiento, repitiendo lo útil y necesario, en todo caso, de la cultura intelectual en general y, principalmente, en el médico, en quien su misión altísima exige, por la seguridad de la vida y por los altos intereses que le están encomendados, mayor cuidado, no solo de su parte sino de la actividad del Estado, el cual, dando la verdadera instrucción, dando métodos de enseñanza práctica, dando el material necesario, procediendo á la creacion de especialidades y evítando esos pujos de reformas y nuevos planes sin prévio estudio, acabe con el verdadero caos que reina en toda forma y categoría educativa.

El desbarajuste existente en la enseñanza toda se refleja principalmente en la ciencia médica como en ninguna otra, pudiéndose asegurar por esta razón que, respecto al médico, la verdadera higiene es la que persigue el fin útil á la ciencia, la que se ha de ocupar preferentemente de esas enfermedades primeras determinadoras del carácter morboso del sujeto enfermo, elemento principalísimo de todas las demás que invaden al mismo y base de las indicaciones terapéuticas fundamentales,

sin cuyo conocimiento perfecto, la medicina degeneraría en curandería.

Abogando por la mayor cultura médica, paréceme bien clamar contra el sistemático alejamiento así de los planes de enenseñanza de la medicina como de la ausencia de profesores especialistas en las escuelas, y así sucede que al empezar la carrera, mucha anatomía mal y ligeramente estudiada, mucha fisiología de lo puramente animal, y ya con este desbarajuste, como en ninguna otra carrera, al terminarla ¡pobre humanidad y pobres médicos! Perdémonos en un mar de detalles á falta de un razonado y perfecto juicio de nuestra investigación, y embotados nuestros sentidos y extasiados ante las maravillas de la moderna etiología y de la modernísima anatomía patología, apenas nos cuidamos de si el enfermo curó y de si las estadísticas demográficas acusan el descenso de mortalidad.

Tiénese á la estadística como prueba indudable, como indicador único de los positivos adelantos en las instituciones médicas y los resultados de tan desenfrenado análisis material valorados sin sujección al principio superior gerárquico de la unidad del sér vivo, se proclaman como cifras exactas y verdaderas, totales y últimos de nuestra ciencia, siendo un día con Broussais y Rostand, la lesión macroscópica y localizada toda la enfermedad; al siguiente, con Virchoow y los de su escuela, la célula unidad y centro de toda vida sana y enferma; al otro con Pasteur, Koch y los demás bacteriólogos, el microbio único agente que puede desviar las funciones fisiológicas, y últimamente, con Armando Santier y Consermi, la ptomaina y leucomaina procedentes de microbios ó de los propios elementos anatómicos, la causa de todos los males. Como consecuencia de todo ello, allá vá la terapeútica en tromba de antiflogísticos, desinfectantes, microbicidas y antídotos ptomáinicos, á dejar reducidos al enfermo á la calidad de depósito, dividiéndolo en compartimientos independientes, en células en las cuales es preciso inyectar el mata-bacterias ó el antídoto aunque para ello sea necesario interesar el pulmón, el corazón ó el cerebro.

Justo es confesar que de nada sirve al médico consultar obras y más obras, explicaciones y más explicaciones en donde se leen cuadros sindrómicos, al parecer, acabados y perfectos que corresponden á inflamaciones ó infartos en masa, á cavernas, á oclusiones, á perforaciones, á tumores, á derrames,

á interrupciones funcionales casi completas ó completas, á un todo que dá hecho un diagnóstico anatómico tan claro como la luz del modiodia, pero cuya inutilidad se echa de ver al llegar al pronóstico, crudo y seco, que se expresa con la palabra «mortal». Sucede esto porque en la inmensa mayoría de los casos, lo que se ha dado por etiología no lo es, sino el conocimiento de algo que ocasiona enfermedad en condiciones dadas de conflicto con el organismo, callándose los autores cuales sean estas condiciones y resultando así no más que un conato de etiología. Las más de las veces, se suple el desconocimiento de este algo con el conjunto de circunstancias fisiológicas á que me he referido y que nada tienen que ver con la génesis del mal; no siendo lo que por tal se dá, sino la lesión macroscópica y grosera, no siendo lo que se dá por sindrome sino meramente la consecuencia de esa lesión, no siendo el diagnóstico sino un tardío diagnóstico anatómico y no un diagnóstico integral patológico formado de datos etiológicos, de datos sintomáticos, caso punto menos que inapreciable y de datos anatómicos con frecuencia levísimos y con más frecuencia nulos por insuficiencia de nuestros medios para recogerlos, resulta que desconocemos la gran mayoría de las especies que la patología pretende conocer y que el empirismo y el equivocado juicio diagnóstico campea por toda esa ciencia tan repleta de broncoestenosis y broncoectasias, de gangrenas pulmonares y de pulmonías escleróticas, que si es necesario, se las llama infecciosas y supuradas, de empiemas y pneumotoras, de hipertrofias y dilataciones cardiacas, de lesiones óricas y valvulares, de roturas del corazón, de aneurismas y ateromas, de úlceras y cánceres del estómago, de cirrosis del higado y del riñón, de esclerosis medulares y hemorragias del cerebro, de tantas otras lesiones últimas consideradas como enfermedades primeras y para cuya enumeración se necesitaría un libro voluminoso, una inteligencia extraordinaria y enorme base científica.

Si la ciencia médica se dividiese en múltiples especialidades, quizá se llegase pronto á deshacer los errores existentes, pudiéndose combatir las enfermedades en su fondo constitucional é impidiéndose la acción degenerativa y destructora de las mismas, y llegando al fin un dia en que nos veamos relativamente libres de la frecuente humillación con que la muerte fustiga el rostro de los médicos, tanto de aquellos que ignorados y ocultos entre las capas sociales más modestas dedican su

vida á curar, á consolar ó á aliviar á los pobres de salud y hacienda, como de aquellos otros que con las alas de su inteligencia y en brazos de la fortuna, lograron escalar los puestos más elevados.

Esto es, Sres. Académicos, lo que al diagnóstico se refiere y aunque en la inmensa mayoría de los casos queda al médico una grave incertidumbre no le resta otro camino que seguir el que la sociedad le marca, el que la humanidad le exige: tiene que curar la enfermedad, tiene que tratar al enfermo, pero ¿cómo? Aquí entran ya los sistemas, las opiniones, los procedimientos más variados y contrarios, pudiéndose asegurar sin exageración que á pesar de los progresos científicos que han alcanzado á la medicina, todavía no tenemos una terapeútica exacta y verdadera; aún no sabemos curar las enfermedades, estando el médico reducido á la miserable condición de un empírico, sin más razón para defenderse que la suprema razón de porque sí, con una verdadera balumba de procedimientos y métodos, todos ellos con pretensiones de ser verdaderos, todos ellos con pretensiones de poseer la suprema eficacia curatíva, pero ninguno positivo, ninguno cierto.

Sin discutirlos aquí, porque no es mi misión, haré notar sin embargo la tendencia cada dia más pronunciada que se observa en nuestra ciencia, de hacer que entren en la terapeútica los medios inmateriales, la electricidad, el magnetismo, el hipnotismo, el calórico, la luz, en una palabra, todas esas manifestaciones etéreas de algo que desconocemos y cuya eficacia nula en la inmensa mayoría de los casos, suele reconocerse como verdadera alguna vez.

La interminable serie de emulsiones, de reconstituyentes, de fórmulas galénicas consideradas como medicamentos heróicos y específicos, la misma sueroterapia, salvo algo que obliga á bajar la cabeza y á bendecir á su autor, como sucede con el suero antidiftérico, por cuyo descubrimiento el Dr. Roux nunca será bastante ensalzado; como sucede también con el suero antirrábico, merced al cual y por un procedimiento penoso y delicado, que exige por parte de quien lo emplea condiciones especiales y conocimientos prácticos, hemos conseguido aniquilar la terrible enfermedad de la rabia, según demuestran los resultados obtenidos en Francia por el procedimiento de Pasteur y en España con el de Hogyes, que es el que se sigue en el Instituto de Alfonso XIII con maravillosos resultados, tan maravillosos que, según afirma Cajal, todos los mordidos sometidos á

su cuidado, se han visto para siempre libres de la rabia; la electroterapia, la hidroterapia, la misma homeopatía, ¿qué son sino aplicaciones de sustancias desconocidas, mal definidas, sin fórmula química en su mayor parte, imposibles de que se pueda demostrar ni aún por el médico más distinguido su acción específica sobre los órganos, su influencia en la nutrición, su eficacia para modificar las funciones de asimilación, su virtud en una palabra, para corregir, no ya los desórdenes orgánicos, sino ni siquiera para enmendar las perturbaciones funcionales?

Cada teoría tiene sus convencidos partidarios; los adversarios del hipnotismo como medio terapeútico, los que dicen que no debe emplearse porque desconocemos su naturaleza y manera de obrar, deberían fríamente demostrarnos si conocen el mecanismo según el cual, las sales de quinina atacan al hematozoario de Laverán, la manera como la digitalina, estrofantina y la esparteina son tónicos cardiacos, el modo de obrar del ácido salicílico y sus derivados en los reumatismos, y sin que sean estos vulgarísimos, otros que han despertado gran interés, como son los extractos de órganos vitales, sobre todo, los glandulares, como los ováricos, los testiculares, los tirodeos, los timicos, los renales, aplicaciones todas preconizadas por Brown-Séquard y seguidas por la inmensa mayoría de los médicos, con desconocimiento clínico completo. Téngase en cuenta que cito medicamentos de uso común y que andan diariamente en manos hasta de los prácticos más adocenados, sin que á nadie se le ocurra protestar contra el empleo de tales sustancias porque nos sea desconocido el mecanismo íntimo de su acción fisiológica y terapeútica. Lo que sucede, lo que ha sucedido siempre, lo que eternamente sucederá con todo lo humano y, por lo tanto, en medicina, es que aquello que representa novedad, aunque sólo figure en la cuarta plana de los periódicos, eso es bueno y hay que usarlo porque es nuevo.

¿Cuánto mejor sería, Sres. Académios, conocer los caminos por los cuales la molécula del alcaloide ó la onda etérea del fluido se dirigen al corazón, al hígado, al bazo, al centro nervioso, se relaciona con las células de estos órganos, excita ó modera los movimientos del conjunto orgánico y restablece el equilibrio pertubado por la enfermedad?

Llegaremos al supremo desideratum de la ciencia médica cuando la química biológica, la fisiología, la histología, auxi-

liadas por la física, la mecánica y las matemáticas conviertan al organismo humano en un conjunto diáfano, transparente y analizable en su funcionamiento íntimo; cuando nos sean plenamente conocidas las acciones y reacciones todavía ignoradas y misteriosas, que constituyen el admirable y complejo fenómeno de la vida. Mientras llega ese momento deseado y esperado, habremos de contentarnos en todas las ciencias de observación con apoderarnos de los hechos repetidos; con analizarlos, con relacionarlos unos con otros y con sus causas mismas, y con deducir finalmente de todos ellos las verdades que atesoran.

Dije, señores, al comienzo de este modesto trabajo, que procuraría ser breve, correspondiendo de esta manera á la benévola atención que me otorgaseis. Vosotros habeis cumplido vuestra promesa tácita escuchándome un buen rato: yo cumpliré, pues, la mía, dando fin á mi discurso. Termino, porque no quiero fatigar ni molestar por más tiempo á los Sres. Académicos y á quienes asistiendo á esta sesión, han honrado la Academia; termino, porque siendo superior á mi persona la empresa en que me he metido, ya mis fuerzas escasean y se impone el reposo, y termino, no con la satisfacción del deber cumplido, aunque sí con el placer de la necesidad satisfecha. Yo hubiese querido, Sres. Académicos, presentar á vuestra consideración un trabajo científico de alto vuelo, capaz de llamar la atención de todo el mundo intelectual, y formar con la celebridad ganada una corona de gloria que perpétuamente honrara á nuestra Ilustre Academia; yo hubiese querido, señores, presentaros un trabajo modelo de acabado estilo literario, un trabajo que hubiese producido en vuestro sér un efecto parecido al que se siente en esos hermosos dias de primavera cuando atardece, cuando el sol vá ocultando poco á poco su faz riente y ardorosa tras las vecinas montañas y ese tono gris, característico de las proximidades de la noche, lentamente va brotando de las entrañas de las cosas; cuando al rumor de la naturaleza movida por el hombre, sucede el de la naturaleza movida por sí misma y al ruido zumbón de enjambre humano reemplaza poco á poco el romántico canto de la tierra en su eterna peregrinación al través de los espacios siderales, cuando en medio de la campiña se deja sentir el canto del ruiseñor al través de las hojas agitadas por el viento y á la impasible rigidez de los troncos y las ramas dá un aspecto fantástico la luna que alumbra con reflejos de aurora boreal todo un cuadro de belle-

zas en reposo; yo hubiese querido, en una palabra, Sres. Académicos, haber despertado en vosotros el sentimiento de lo bello juntamente con el sentimiento de lo cierto; yo hubiese querido hacer un discurso que, por propios mereceres, pudiese formar en fila con los que fueron leidos en los años anteriores, y si no lo he conseguido, no culpeis á mi voluntad, que ha sido grande, sino á mis deficiencias personales que son muchas.

Tengo, á pesar de todo, la satisfacción de que si parodiando las famosas frases de Nelsón, se dijese «España espera que cada cual cumpla con sus deber»; yo habría cumplido con el mío, y si en los tiempos que corremos de africanas indolencias puede constituir un mérito el trabajar para sacar á la clase médica de la postergación en que vive, yo, este mérito, el único que tengo, lo utilizo para recomendarme en este momento á vuestra benévola censura.

HE DICHO.

3

34